

# *El Salmo fugitivo*

*Antología de poesía  
religiosa latinoamericana*

# *El Salmo fugitivo*

## *Antología de poesía religiosa latinoamericana*

*Selección e introducción  
de Leopoldo Cervantes-Ortiz*

*Prólogo  
de Carlos Monsiváis*



editorial clie

**CLIE E.R. n.º 2.910-SE/A**

C/ Ferrocarril, 8

08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA

E-mail: [libros@clie.es](mailto:libros@clie.es)

Internet: [http:// www.clie.es](http://www.clie.es)

**EL SALMO FUGITIVO:**

ANTOLOGÍA DE POESÍA RELIGIOSA LATINOAMERICANA

Copyright © 2009 Leopoldo Cervantes-Ortiz, editor

Copyright © 2009 por Editorial CLIE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-8267-549-7

*Printed in Colombia*

Clasifíquese:

0996 POESÍA:

Antología de la poesía

CTC: 02-13-0996-01

Referencia: 224654

# Índice

Palabras Preliminares .....	9
Prólogo .....	11
La luz y la llama: apuntes sobre la poesía de tema religioso en América Latina .....	21
Rubén Darío.....	39
Amado Nervo.....	45
José Juan Tablada .....	48
Alfredo R. Placencia.....	51
Vicente Mendoza .....	54
León Felipe .....	58
Azarías H. Pallais .....	65
Ramón López Velarde .....	68
Gabriela Mistral .....	74
Laura Jorquera.....	79
César Vallejo.....	82
Mário de Andrade.....	86
Vicente Huidobro.....	89
Fernando Paz Castillo.....	97
Salomón de la Selva .....	107
Pablo de Rokha .....	109
Jorge de Lima .....	115
Juana de Ibarbourou .....	119
Evaristo Ribera Chevremont .....	122
Carlos Pellicer .....	125
Luis Palés Matos.....	133
Gonzalo Báez-Camargo.....	137
Jorge Luis Borges.....	142
Juan Burghi .....	148
Ángel Martínez Baigorri.....	150

## El *Salmo* Fugitivo

Romelia Alarcón Folgar .....	158
Francisco Luis Bernárdez.....	161
José Gorostiza.....	165
Murilo Mendes .....	169
Sante Uberto Barbieri .....	173
Dulce María Loynaz .....	177
Germán Pardo García.....	181
Rogelio Sinán.....	184
Eugenio Florit.....	189
Jorge Carrera Andrade.....	195
Luis Cardoza y Aragón .....	199
Nicolás Guillén .....	201
Pablo Neruda .....	205
Clara Silva .....	209
José Coronel Urtecho.....	213
Francisco E. Estrella .....	215
Emilio Ballagas.....	221
Sara de Ibáñez.....	224
Sergio Manejías.....	228
Ángel M. Mergal .....	231
Enrique Molina .....	234
Concha Urquiza.....	237
José Lezama Lima .....	247
Óscar Cerruto .....	253
Pablo Antonio Cuadra .....	258
Braulio Arenas.....	261
Vinicius de Moraes.....	264
Manuel Ponce .....	268
Alaíde Foppa.....	273
Octavio Paz.....	277
Nicanor Parra .....	282
Ángel Gaztelu.....	285
Francisco Matos Paoli.....	291
Guadalupe Amor .....	297
Gonzalo Rojas.....	300

## *Índice*

Luis D. Salem (Aristómeno Porras).....	302
César Fernández Moreno .....	306
Alberto Girri .....	308
Mario Benedetti.....	313
Eliseo Diego.....	317
Olga Orozco.....	321
Cintio Vitier.....	326
Fina García Marruz .....	331
Federico Pagura .....	334
Jorge Eduardo Eielson .....	336
Ida Gramcko.....	339
Lêdo Ivo.....	346
Ramón Xirau .....	351
Mortimer Arias .....	357
Rosario Castellanos .....	360
Roberto Juarroz .....	365
Miguel Arteche.....	370
Ernesto Cardenal.....	376
Jaime Sabines.....	381
Miguel Yacenko .....	388
Pedro Casaldáliga.....	390
Enriqueta Ochoa .....	395
Enrique Lihn .....	401
Julia Esquivel .....	404
Juan Gelman.....	410
Raúl Macín.....	415
María Elena Walsh.....	418
Marco Antonio Montes de Oca.....	423
Rubem Alves.....	427
Héctor Viel Temperley.....	432
Gabriel Zaid .....	436
Fernando Cazón Vera.....	439
Roque Dalton .....	442
Oswaldo Pol.....	445
Adélia Prado .....	449

## El *Salmo* Fugitivo

José Miguel Ibáñez Langlois.....	454
Horacio Peña .....	461
Alejandra Pizarnik.....	474
Hernán Montealegre.....	478
Jorge Debravo.....	481
Julio Iraheta Santos.....	485
José Emilio Pacheco .....	489
Gastón Soubllette.....	494
José Kozer .....	497
Roberto Obregón.....	500
Hugo Zorrilla .....	503
Belkis Cuza Malé .....	513
Hugo Mujica .....	516
Santiago Kovadloff .....	522
Jorge Arbeleche .....	524
David Escobar Galindo .....	527
Roque Vallejos .....	531
César Abreu-Volmar.....	536
Alfonso Chase .....	539
Alejandro Querejeta Barceló.....	544
Raúl Zurita.....	552
Roberto Zwetsch .....	556
Mario Montalbetti .....	561
Carlos Bonilla Avendaño.....	564
Edmundo Retana.....	568
Javier Sicilia .....	572
Milton Zárate .....	580
Patricia Gutiérrez-Otero .....	587
Ana Istarú .....	591
Francisco Magaña.....	593
George Reyes .....	596
Ángel Darío Carrero.....	606
Luis Gerardo Mármol Bosch.....	612
Bibliografía .....	615

## Palabras preliminares

“A la sombra del salmo ha estado viviendo el hombre muchos siglos...” escribe León Felipe, en sus versos de honor al salmo fugitivo, al salmo que huye de la prisión en la que pretenden enclaustrarlo sanedrines, sínodos y consistorios, al salmo que peregrina hacia su matriz original: la poesía. Esta antología, magistralmente compilada por Leopoldo Cervantes-Ortiz, con un título, *El salmo fugitivo*, que tanto evoca a ese gran poeta del exilio español en América, es un reflejo de la crucial importancia que la religiosidad, como salmo de fe, esperanza, duda, rebelión y clamor angustiado, reviste en la poesía latinoamericana contemporánea.

Desde su primera edición (2004), esta antología ocupa un lugar privilegiado por diversas razones: 1) Provee pistas únicas para seguirle los pasos a los encuentros amorosos, con frecuencia clandestinos, de la poesía y la religiosidad por lo senderos de nuestros países latinoamericanos. 2) Es una obra de impresionante y poco común talante ecuménico, libre de las restricciones confesionales que con tanta ansiedad defienden las instituciones eclesásticas. 3) Abarca la amplitud de nuestro continente, desde el Río Grande, en el norte, hasta la Tierra del Fuego, en el sur. 4) Nos permite percibir la rica variedad de enfoques, perspectivas y estilos líricos con que la poesía latinoamericana enfrenta la religiosidad y su intrincada red de espiritualidad, símbolos, creencias y ritos. Esas virtudes se acrecientan en esta nueva edición, aún más amplia y abarcadora, de mayor caudal ecuménico y poético.

Este es un texto indispensable para quienes, como este agradecido lector, no cesamos de admirar la creatividad poética de nuestros pueblos, ni sabemos poner fin a nuestro apasionamiento por los enigmas perennes de la existencia humana, la fuente inagotable del sentimiento religioso. En un lugar clave de su obra maestra, *Los pasos perdidos*, Alejo Carpentier vislumbra cómo en los orígenes de la historicidad humana, al captarse angustiosamente la fragilidad de



## El *Salmo* Fugitivo

todo lo que confiere sentido y valor a nuestra existencia, surgen simultáneamente, como clamor de queja, protesta y esperanza, la poesía, el himno y el salmo. Leopoldo Cervantes-Ortiz recorre, como nadie en nuestras letras continentales, los pasos perdidos de ese clamor. Quedamos todos en deuda con este excepcional intelectual, literato y teólogo mexicano, quien en su propio espíritu creador sabe que, para citar nuevamente a León Felipe, “el poema es un grito en la sombra, como el salmo...”.

*Luis N. Rivera-Pagán*  
*Princeton Theological Seminary*  
*Enero de 2007*

## Prólogo

### “Así te ves mejor, crucificado...” (Sobre la poesía religiosa)

**Carlos Monsiváis**

En *El libro de Dios*, Alfredo R. Placencia (1873-1930), un cura de provincia y de parroquias rurales abandonadas, escribe algunos de los poemas religiosos más extraordinarios de la literatura mexicana. Uno de ellos, “Ciego Dios” es en especial notable:

Así te ves mejor, crucificado,  
bien quisieras herir, pero no puedes.  
Quien acertó a ponerte en ese estado  
no hizo cosa mejor. Que así te quedes.

Si se indaga en la “teología específica” de los poemas de intención mística, en la de Placencia sus criaturas adoptan a Jesucristo, van a fondo y ven en el sacrificio en la cruz el nacimiento doble de la religión y de su convicción personal. En esta tendencia el texto clásico es el soneto de Fray Miguel de Guevara:

No me mueve mi Dios para quererte  
el cielo que me tiene prometido,  
ni me mueve el infierno tan temido  
para dejar por eso de ofenderte.

Muéveme tu Señor, muéveme el verte  
clavado en una cruz y escarnecido,  
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,  
muévenme tus angustias y tu muerte.

## El *Salmo* Fugitivo

Muéveme en fin tu amor, de tal manera  
que aunque no hubiera cielo yo te amara,  
y aunque no hubiera infierno te temiera.  
No me tienes que dar porque te quiera,  
porque si lo que espero no esperara,  
lo mismo que te quiero te quisiera.

Leído como herejía, aceptado como emblema del amor trastornado pero que en su exaltación se justifica, el soneto de Fray Miguel de Guevara prevalece y con los siglos se va convirtiendo en la alternativa a la literatura devocional de las instituciones. Lo usual, sin embargo, es el repertorio de los místicos españoles, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús (“Vivo sin vivir en mí/ y tan alta vida espero/ que muero porque no muero”), y los textos que la memoria colectiva decanta como el soneto de Lope de Vega:

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras,  
qué interés se te sigue, Jesús mío,  
que a mis puertas, cubierto de rocío,  
pasas las noches del invierno a oscuras?

¡Oh cuántas fueron mis entrañas duras  
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío  
si de mi ingratitud el hielo frío  
secó las llagas de tus plantas puras!...

El sentimiento de culpa, ubicuo, es un lazo de unión inexorable.



A la poesía religiosa la promueven los rituales de la memoria. En el Catecismo o en los libros para la infancia se enseñan y se reproducen los poemas edificantes como “Marciano”, relato del centurión romano convertido a la Verdadera Fe (“César, si mi delito es ser cristiano...”), o como los incontables de obispos, capellanes y versificadores en busca del inmenso público cautivo, como en México el Cantor del Hogar, Juan de Dios Peza, a fines del siglo

XIX y principios del siglo XX. En *El Lector Católico Mexicano* (Libro Tercero, de Herrera Hermanos Sucesores, 1910), se reproduce un texto típico de Peza:

**A Margot orando**

Hija, haces bien en implorar del cielo  
la dulce paz que el corazón ansía.  
¡Siempre que el corazón levanta el vuelo  
se alivia y se conforta el alma mía!  
Haces bien en orar: forman tus galas  
la piedad y el candor, con ellas subes  
como las aves libres; con sus alas  
para encontrar a Dios tras de las nubes...

El Credo con ritmo entra. El niño repite sin entender y entiende la suficiente como para creer verdadero lo que se aprende, y lo mismo sucede al adolescente; según a los testimonios de época, es ya difícil que un adulto memorice, y por eso, al desvanecerse las obligaciones de la mnemotecnica el gusto o el culto de la poesía religiosa se confinan en una minoría estricta. Antes, es un lujo de la conversación repetir, por ejemplo las estrofas de San Juan de la Cruz Amado:

No quieras despreciarme  
que si color moreno en mí hallaste,  
ya bien puedes mirarme  
después que me miraste,  
que gracia y hermosura en mí dejaste...



La poesía religiosa en lengua española es un género con grandes practicantes, de los poetas medievales y Santa Teresa y San Juan de la Cruz a Francisco González León, Placencia y Pellicer, del ecuatoriano César Dávila Andrade a los nicaragüenses Azarías H. Pallais, Pablo Antonio Cuadra y Ernesto Cardenal, del puertorriqueño Luis Palés Matos

## El *Salmo* Fugitivo

al cubano José Lezama Lima. Con el tiempo, en el ámbito de “la posmodernidad” se profese o no una fe específica, se leen, y muy gozosamente, estos testimonios de la trascendencia vívidos desde la convicción y la estética. Con puntualidad, los mejores poetas religiosos están al tanto: si no ejercen su fe a través del rigor literario, (esa vigilancia crítica de la inspiración), serán oportunistas de su creencia, como tantos de los escribas guadalupanos incluidos en las antologías-orfanatorios de Joaquín Antonio Peñalosa.



Hay también poetas muy atentos al tema de Dios, sin profesar la fe cristiana o más concretamente católica; son ateos o agnósticos o, si se quiere, personas desinteresadas por el casillero devocional que les corresponde pero muy atentos a la trascendencia. Cito a César Vallejo: “Dios mío, si hubieras sido hombre/ hoy supieras ser Dios”. De este panorama de gran fuerza literaria da cuenta un libro excelente, *El salmo fugitivo. Antología de poesía religiosa latinoamericana del siglo XX*. Selección y prólogo de Leopoldo Cervantes-Ortiz. En *El salmo fugitivo* el criterio selectivo es impecable: no se elige a los escritores por su fe desbordada, asunto que es de suponerse analizará Dios en su momento, sino por la originalidad de su registro de lo espiritual, por la belleza formal, por la incorporación de lo divino a lo cotidiano, en seguimiento de la frase (y de la actitud) de Santa Teresa: “Entre los pucheros anda el Señor”. Así, Clara Silva (Uruguay, 1905-1976):

### **Te pregunto, Señor**

Te pregunto, Señor,  
¿es ésta la hora  
o debo esperar que tu victoria nazca  
de mi muerte?  
No soy como tus santos,  
tus esposas,  
Teresa, Clara, Catalina,

que el Ángel sostiene en vilo  
sobre la oscuridad de la tierra,  
mientras tu aliento  
tempranamente los madura.

Silva no es una seguidora humilde, sino un ser humano amparado en la melancolía, la tristeza y “el cuerpo de mi sombra”, y capaz de exclamar:

y el escándalo que hago con tu nombre  
para oírme.  
y tu amor que revivo en mí cada mañana,  
masticando tu cuerpo  
como un perro su hueso.

Un ejemplo notable de esta hondura del “nuevo tutearse” con Dios: Carlos Pellicer (1897-1977). Véase uno de sus *Sonetos postreros* (mayo de 1952):

Haz que tenga piedad de Ti, Dios mío.  
Huérfano de mi amor callas y esperas.  
En cuántas y andrajosas primaveras  
me viste arder buscando un atavío.



Cervantes-Ortiz (Oaxaca, 1962), estudió Letras, Medicina y Teología, ha publicado antologías, entre ellas *Lo sagrado y lo divino. Grandes poemas religiosos del siglo XX* (2002), poemarios y ensayos de “teología poética”. Es un lector infatigable y agudo y le debo a este libro varios descubrimientos, entre ellos Clara Silva, la venezolana Ida Gramcko, el ecuatoriano Fernando Cazón Vera y el nicaragüense Horacio Peña. Sobre todo, el libro de Cervantes-Ortiz tiene el mérito de integrar en un panorama a poetas diversos y opuestos y resolver la contradicción desplegando “el cuerpo a cuerpo” de los escritores y el Misterio o Lo Sagrado o como se le quiera nombrar a lo inexplicable, al enigma o la revelación que la

## El *Salmo* Fugitivo

poesía no resuelve sino consigna. (“Y quédeme no sabiendo/  
Toda ciencia trascendiendo”, escribe San Juan de la Cruz). En la búsqueda o la negación o el encuentro con Dios se localiza la antes llamado “inspiración” que ahora es “técnica”, término tan precioso o impreciso como se quiera.

Cervantes-Ortiz establece su mapa autoral: “...las mutaciones que experimentó América Latina a lo largo del siglo XX, manifestadas sobre todo por la creciente descatalogización, responden también a las características peculiares que han tenido la modernidad y su influjo. Tal vez el progresivo debilitamiento de la religión mayoritaria comenzó a hacerse palpable antes de imponerse la pluralidad religiosa actual, mediante la expresión literaria de las primeras décadas del siglo, en las que se forjó un conjunto valiosísimo de autores que ignoraron por completo las restricciones clericales”.



La muerte y la resurrección de Dios. La fe no nada más presente en las iglesias. La intuición de otras manifestaciones de lo sagrado. El combate con el ángel la noche entera. El descreer como método de la humildad interpretativa. En alguno de estos temas se ubica el trabajo del brasileño Murilo Mendes (1901-1975) y su “Iglesia mujer”:

La iglesia llena de curvas avanza hacia mí,  
Enlazándome con ternura pero quiere asfixiarme.  
Con un brazo me indica el seno y el paraíso.  
Con otro brazo me convoca al infierno...

O la poesía del cubano José Lezama Lima (1901-1976):

Deípara, paridora de Dios. Suave  
la giba del engaño para ser  
tuvo que aislar el trago del ave,  
el ave de la flor, no el ser del querer.

También hay otra vertiente en esos años, la de la poesía ortodoxas que practican por ejemplo la cubana Dulce María Loynaz o los mexicanos Concha Urquiza (1910-1945) y Manuel Ponce (1913-1994). Urquiza es excepcional en su afán de recuperar la mística en la época de la militancia socialista. Así, en “Sonetos de los Cantares”:

Aunque tan sierva de tu amor me siento  
que hasta la muerte anhelo confesarte,  
bien sé que como Pedro he de negarte  
no tres veces, Señor, tres veces ciento.



Una contradicción aparente: los lectores de la poesía religiosa que importa son una minoría notoria frente a las muchedumbres que usan los versos como expresiones rimadas del rosario. Su bien la legión de sacerdotes-poetas ha disminuido severamente (es más fácil hallar curas-videoastas), por casi dos siglos obscurecen a los poetas de primer orden. A cambio de un alud de textos que narran martirios resplandecientes o enloquecimientos amorosos ante el altar, aparecen de vez en cuando obras maestras como *Práctica de vuelo*, el libro de sonetos de Carlos Pellicer:

Ninguna soledad como la mía.  
Virgen María, dame tu mirada  
para que pueda enderezar mi guía.

Ya no tengo en los ojos sino un día  
con la vegetación apuñalada.  
Ya no me oigo llorar por la llorada  
ansiedad en que estoy, Virgen María.  
De “Ninguna soledad como la mía”





## El *Salmo* Fugitivo

Las zonas preferidas de la poesía religiosa están a la vista: la relación personalísima con Dios, Jesucristo y la Virgen; el homenaje a las instituciones eclesíásticas; la transmisión de las atmósferas del culto y del fortalecimiento de la fe. Esta última expresión conoce un auge en las primeras décadas del siglo XX. Así, entre otros muchos de su autor, el poema “Mística” de Francisco González León:

Ya la nave se llena de sombras,  
la penumbra destiende sus velos,  
la capilla en tinieblas se entolda,  
y es altar donde oficia el misterio.

Como pléyade de oro, los cirios  
en el fondo tremulan sus flamas:  
son los faros que prenden su brillo  
en el fuego de hoguera cristiana.  
El silencio es Señor del recinto,  
sólo emerge, “clarín de protesta”,  
el monótono canto del grillo  
que macabro se oculta en las grietas....



¿Es poesía religiosa la de Ramón López Velarde? En un nivel sí, desde luego, porque López Velarde es un testigo apasionado de su creencia, pero no la rutinaria sino la que incluye el deseo carnal como otra potestad del espíritu:

He oído la rechifla de los demonios sobre  
mis bancarrotas chuscas de pecador vulgar,  
y he mirado a los ángeles y arcángeles mojar  
con sus lágrimas de oro mi vajilla de cobre.  
De “El perro de San Roque”.



En América Latina la poesía religiosa proviene de modo casi exclusivo del catolicismo, no hay textos importantes de los protestantes, por razones diversas, entre ellos la ausencia de la formación literaria que importan los seminarios católicos sólo interrumpida en la segunda mitad del siglo XX. Y lo que se da de modo creciente es la poesía que dialoga con el ser que a falta de otro nombre sigue siendo Dios, con o sin instituciones, con o sin el respeto tradicional. Así, Jaime Sabines convierte al tráfago del mundo, que todo lo contiene, en un ser que es y no es Jesucristo.

Para que tú te entregues  
se están dando todas estas cosas,  
para que dejes tu cuerpo usado  
allí en el polvo donde estabas rendido boca  
abajo y llorabas;  
para que te levantes a los treinta y tres años  
y juegues con tus hijos y con todas las gentes  
en el nombre del padre y del espíritu santo  
en el nombre del huérfano y del espíritu herido  
y en el nombre de la gloria del juego del  
hombre.

De “Con tu amargura a cuestras”



En el orden de lo popular, la poesía religiosa persiste en los cantos guadalupanos (algunos maravillosos al registrar las voces del desamparo genuino), en los himnarios protestantes, en versos que se ocultan de la amnesia. Pero, como esta antología ratifica, el género de la poesía religiosa, así carezca de lectores que merece, continúa por ser una necesidad expresiva de un puñado de grandes poetas.

# La luz y la llama: apuntes sobre la poesía de tema religioso en América Latina

A la memoria de don Aristómeno Porras (*Luis D. Salem*),  
ejemplo de sencillez humana y sensibilidad literaria

y mi padre, judío polvoriento,  
carga de nuevo las arcas de la ley cuando sale de Cuba  
JOSÉ KOZER, “Diáspora”

## 1. Poesía moderna y religión

La poesía moderna se ha desentendido de lo sagrado de varias maneras. Ya sea por medio de un ataque soterrado a la religión, a las iglesias instituidas y a todo aquello que suene a sagrado, o por la más absoluta indiferencia. La Iglesia, como imagen institucional y vehículo de lo sagrado, encarnaba la incomprensión que las búsquedas artísticas encontraban en los medios ligados a lo religioso. La necesaria emancipación del arte, fruto de los impulsos de la ideología burguesa triunfante en Occidente, logró, en el caso de la poesía, una mayor independencia que le permitió indagar, a su modo, en las profundidades del ser. El grito nietzscheano sobre “la muerte de Dios”, anticipado por Jean Paul, evocaba el regreso programático de las divinidades paganas, aunque con otro rostro, muy diferente al del Dios cristiano, cuya larga agonía, literal y simbólica, había ayudado a incubar, también, la agonía del ser humano.

Escribir poesía de tono religioso, para los autores modernos, resultaba impensable, a menos que se hiciera con ironía y con una profunda conciencia de lo sucedido en el ámbito estético. Las imágenes y motivos religiosos son usados, escépticamente, para objetivar la negación de lo religioso. Uno de los temores subyacentes a actitudes como ésta consiste en

## El *Salmo* Fugitivo

suponer que la literatura nuevamente volverá a ser vocero de la Iglesia y sus corifeos. Los poetas modernos experimentaron el proceso de secularización como una liberación de los lastres religiosos, no solamente para la vida cotidiana, sino, sobre todo, para la práctica del oficio poético. Al usar el lenguaje religioso como un recurso satírico, enriquecen y complementan su lenguaje con un mecanismo que funcionaba de una manera restringida en la religión pero que entró al circuito polisémico de la poesía, al salir de las limitaciones dogmáticas. Por otro lado, la poesía ha suplantado, desde el romanticismo, la visión sagrada del mundo, pero sin las estrecheces del dogmatismo. En este sentido, la modernidad es una continuación de los impulsos surgidos desde el siglo XVIII que se consolidaron en el siglo XIX.

Según explica Jorge Aguilar Mora, durante el romanticismo, los poetas hispanoamericanos experimentaron la posibilidad ya no del silencio de Dios, sino de su definitiva ausencia, algo que no afectaba solamente su tarea estética:

Ante la sospecha de que el Dios cristiano sólo fuera una hipótesis, de que la historia ya no estuviera siguiendo los senderos de la providencia, de que los principios morales del catolicismo fueran relativos y sólo relativos... estos poetas vivieron un doble fracaso: la ficción que les daba terror se volvía más ficticia con su propio miedo y la vida verdadera a la que aspiraban terminaba en otra ficción, en la posición desesperada de renunciar a la vida... en vida, llamándola un sueño, doble tragedia de la ficción: la vida como enfermedad y como herida.<sup>1</sup>

Además de sentir que sus creencias se derrumbaban, los poetas románticos tuvieron que transformar su expresión literaria para responder a las fuertes dudas que los aquejaban. Los modernistas, receptores de una estética que ya no cargó con este dilema, se expresaron de forma distinta. Según Aguilar Mora, el problema no era tanto estético, sino moral, puesto que para un *poeta-puente* como Martí, “sólo había una moral:

---

<sup>1</sup> J. Aguilar Mora, “La muerte de Dios”, en *Biblioteca de México*, núm. 54, noviembre-diciembre de 199, pp. 4-5.

la moral trágica del hombre, y la fuente de sus valores no era el maniqueísmo cristiano, sino el poder del hombre para abarcarlo todo, para demostrar su capacidad visceral, natural, de abarcar el mundo para ser aceptado por ese mismo mundo”.<sup>2</sup> En otras palabras, la dualidad vital introducida por el dominio cristiano de las conciencias en Hispanoamérica iba a ser sustituida, en la poesía, por una visión más uniforme de la vida y del mundo. Había que vivir en un mundo unívoco, donde ya no era necesaria la hipótesis de Dios. Podía desaparecer, así, la doble ficción que enfrentaron los románticos.

El tema teológico-filosófico de *la muerte de Dios* no fue trabajado en la poesía latinoamericana de vanguardia de la misma forma que en Europa. Por las características propias del continente, que no deja de manifestarse en los movimientos literarios, el tratamiento del tema adquirió un tono peculiar. Ejemplo de ello es la poesía de César Vallejo, que ya desde *Los heraldos negros* se monta sobre algunos episodios de la *historia sagrada* y, mediante un lenguaje semiblasfemo, transforma los resabios de la expresión modernista en algo muy diferente, a caballo entre dicha corriente y como sin decidirse a ser plenamente vanguardista. Rafael Gutiérrez Girardot ha demostrado cómo Vallejo no fue el poeta sin suficiente conciencia crítica que algunos han querido ver.<sup>3</sup> Lo cual importa mucho porque el lenguaje de Vallejo, tan lleno de alusiones religiosas, es una especie de puente entre el modernismo galopante latinoamericano y la irrupción de las vanguardias, pero situado en ese plano conscientemente. La crucifixión de Jesús, uno de sus motivos poéticos en *Los heraldos negros*, entronca con el romanticismo en su intento por recrear la historia con una mirada infantil y asumir el privilegio (en una especie de blasfema *Imitación de Cristo*) “de ser Cristo o el mal ladrón,

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 6. Véase Reinerio Arce, *Religión: poesía del mundo venidero*. Quito, Ediciones CLAI, 1996.

<sup>3</sup> R. Gutiérrez Girardot, “César Vallejo y ‘la muerte de Dios’”, en *Cuestiones*. México, FCE, 1994, p. 47. En 2000, Gutiérrez publicó un libro con el título de este ensayo.

## El *Salmo* Fugitivo

de repartir calvarios y cruces, coronas de espinas y penas, de designar en cada caso a quién toca el papel de María como madre o como amada, de la Magdalena como amada o como hermana, del padre que ausculta, como José, la huida a Egipto y de las otras máscaras en el sombrío Viernesanto, mezclado de Jueves Santo pero sin esperanza de Pascua de Resurrección”.<sup>4</sup> Así, *Los heraldos negros*

no es la expresión de una religiosidad criolla o chola, pero tampoco una manera de rescatar para un trivial dolorismo cualquiera solemnidad de Dios y del Viacrucis de Jesús, el intento de rescatar a Dios de las cadenas con las que lo han atado los filósofos para hacer de él un Dios que también sufre, que se sienta a la mesa con la familia o en el café con los amigos y que comparte con los hombres las penas cotidianas. Vallejo no fue un pobre teólogo existencial de Santiago de Chuco, y si en su poesía hay algo de teología, ésa es, más bien, la que discutió con hondura y con pasión humana Manuel González Prada [...] La repetición del Gólgota en *Los heraldos negros*, ese fúnebre juego de inocencia infantil, está más allá de cualquier preocupación de teología doméstica.<sup>5</sup>

Gutiérrez Girardot es tajante en este punto, porque, además, aleja a Vallejo de las interpretaciones que, sin dejar de tener razón acerca de las claras influencias vanguardistas de Vallejo (por ejemplo, Mallarmé en “Los dados eternos”), no comprenden bien de qué profundidades brotaron sus expresiones ligadas a lo religioso, y las relacionan muy directa, y casi gratuitamente, con filósofos como Nietzsche. Por ello, afirma:

Como en los poetas y filósofos que lo antecedieron, en Vallejo la experiencia de este acontecimiento, la ‘muerte de Dios’, no constituye un postulado de ateísmo. Vallejo, de quien Thomas Merton ha dicho con certeza que “es un gran poeta escatológico, con un sentido profundo del fin y, además, de los nuevos comienzos (acerca de los que no se expresa)” y quien rechazaba todo lo conceptual, no pretende demostrar la verdad o la falsedad de una fórmula o la existencia

---

<sup>4</sup> *Ibid*, pp. 50-51.

<sup>5</sup> *Ibid*, pp. 51-52.

o inexistencia de Dios. Sus cuadros de la Crucifixión carecen de teología, porque son la negación de toda teología con sus órdenes lógicos [...] Él no las concibe [las escenas de la crucifixión] como una refutación o como un postulado, sino como la desnuda expresión de una experiencia, esto es, la del hecho histórico de la “muerte de Dios” que lloran los “vagos arciprestes” y que acontece “ya lejos para siempre de Belén”.<sup>6</sup>

El tema de Dios, aunque se desfigura bastante en sus últimos libros, no deja de ser una constante, incluso desde el título de uno de ellos: *España, aparta de mí este cáliz*. Pero será en *Trilce* donde llegará a alturas impensables para cualquier otro esfuerzo vanguardista de la época, sobre todo si se toma en cuenta que en Vallejo ninguna de sus expresiones acerca del tema proceden de una pose esnobista o esteticista, algo que sí se puede afirmar acerca de otras propuestas. “Espergesia”, el famoso último poema de *Los heraldos...* anuncia lo que vendrá en *Trilce*, que con sus imágenes descoyuntadas representa la “infinita noche sin Dios”. Allí, Vallejo experimentará la libertad lingüística total, de tono vanguardista, pero relacionada también con la libertad de quien vive en el “mundo al revés”, de alguien desamparado que sigue viviendo tras la muerte de Dios. El dislocamiento del lenguaje manifiesta la disonancia y la desfiguración del mundo sumido en la noche infinita de la muerte de Dios.<sup>7</sup>

Por lo anterior, la respuesta a la pregunta sobre una poesía religiosa en el siglo XX no puede ser más que ambigua, pues en términos estrictos esta poesía dejó de existir, dado que el desarrollo cultural y literario hizo que tuviera un carácter muy distinto al de siglos anteriores. La temática religiosa sigue presente y muy viva, pero con la interrogación producida por la duda y el desgaste de las instituciones. La poesía religiosa militante ha tenido que enfrentar, no siempre con humildad,

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 54-55.

<sup>7</sup> Cf. Ramón Xirau, “César Vallejo: zozobra, ruptura, sacralidad”, en *Dos poetas y lo sagrado*. México, Joaquín Mortiz, 1980, pp. 66-107; y L. Cervantes-Ortiz, “Vanguardia y cristianismo en la poesía de César Vallejo”, en *Signos de Vida*, Quito, Ecuador, núm. 21, septiembre de 2001, pp. 35-38.